



Horas trágicas

(España-Julio 909)



Preludio



I

Con la mano temblorosa,
tinta en la sangre caliente
de estos días,
llego, España, hasta la fosa
en que dormida ó yacente
parecías.

Me postro, Patria, de hinojos,
no sé si una queja á darte
ó á encender
en las llamas de tus ojos
los restos de un estandarte
que no supe defender...

Y, como cenizas, echo
sobre el rubor de mi frente
tus dolores;
y abro, á tus plantas, mi pecho
porque nutra y apaciente
tus furores.

¡España! . . . no hueco nombre;
 sí muchedumbre de hermanos:
 ó mi lira
 halla en vosotros un hombre,
 ¡ó harán con ella mis manos
 látigos para mi ira!

Nación, ya no de durmientes,
 parda nación de mendigos
 resignados,
 ¡que Dios te niegue las fuentes!,
 ¡que Dios te niegue los trigos
 y los prados!

Que tus áureos monumentos
 las cenizas de tu gloria
 den al lodo,
 y que el ala de los vientos
 el poema de tu Historia
 barra todo.

Que después de lo vivido,
 que después de lo logrado,
 vieja España,
 no te cuadra haber venido
 á parar en un cercado
 de montaña.

Tristes hombres de mi raza,
 los que hacéis del pueblo ibero
 los destinos,
 venid todos á la plaza,
 que culpar á todos quiero
 de asesinos!

De la herencia, en que hemos sido
 vinculados y hacendados,
 ¿qué se ha hecho?
 El arado hemos perdido,
 y están todos nuestros prados
 en barbecho.

Recortamos á medida
 del miedo y de la pereza
 la ambición;
 un olvido es nuestra vida
 y un lecho en que se bosteza
 la Nación.

Los hijos que nos nacieron,
 de nosotros aprendieron
 la ignominia;
 de las cepas que plantamos
 harán, cuando nos muramos,
 la vendimia.

Les dejamos un desierto,
 mondo llano, agrios abrojos,
 hogar frío:
 ¡Oh, maldíceme, ya muerto,
 y haz ofensa en mis despojos,
 hijo mío!

Que en mi tiempo, y yo viviente,
 la Nación hemos dejado
 sin espada;
 que llevamos nuestra frente
 del estigma del pecado
 señalada.

II

¡Tiempo odioso, tiempo mío!
 ¡Mala edad de abdicaciones
 y orfandad!
 ¡No es la Patria el sacro río
 que va á todos los rincones
 de la espléndida heredad!

La corriente se ha truncado;
 el caudal quedó encharcado
 por las sendas;
 en las aguas corrompidas
 agonizan podrecidas
 las leyendas. . .

Y no hay mano que abra cauce
 y que, audaz, suelte y reúna
 la corriente:

¡Patria-encina, ya eres sauce!
 ¡Ya eres tumba, tierra-cuna
 de mi gente!

Falta el ánimo gigante
 que recoja lo disperso,
 Patria mía;
 falta el labio que te cante,
 rima en flor, informe verso
 de mi edad sin poesía!

Falta el fuego que disuelva
 tanto hielo, en las alturas
 de la sierra;
 y el limo que haga una selva
 de las enanas verduras
 de mi tierra.

Te dejaron, rosa ardiente
 de las patrias energías,
 deshojarte;
 no supieron, vieja fuente,
 á las obras de los días
 allegarte.

En tus pajas, áureo nido,
 ya no cantan pequeñuelos
 á la albada;
 que cubrirte no han querido
 y la escarcha de los cielos
 mató en germen la nidada.

Tú no has muerto; te han dejado
 perecer, falta de arrimo,
 pobre de agua;
 en cenizas se ha trocado
 el brasero, ayer opimo,
 de tu fragua.

Esqueleto con la muerte,
 no en los ojos, no en las manos,
 sino dentro:
 busco ansioso tu alma, al verte
 vaga sombra, en tus pantanos:
 busco tu alma y no la encuentro.

Me salen descompasados
de los labios, alaridos,
no canciones;
¡gritos malaventurados
que, detrás de los oídos,
no han de encontrar corazones!

III

Anónima soledad,
¿qué mar de sangre á tu abismo
dará nombre?
¿Qué furia, qué tempestad,
granito del egoísmo,
te hará vibrar como un hombre?

Funesta puerta cerrada,
¿con qué lanza formidable
te heriré,
que la cautiva encerrada
en tus soledades, me hable
del amor que le juré? . . .

Corazón trocado en hielo,
¿qué negra vena conservas
aún con vida?
¡La saeta de mi anhelo
envenenada con hierbas,
clávese en ella, atrevida!

Quiero, blasfemo, indignarte;
quiero, enfurecido, herirte.
¡Sombreal ¡Quiero
á toda furia exaltarte
y en toda guerra aguerirte,
patrio esqueleto de acero!





La huída



I

Tierra mía de justicias,
vas á ser ajusticiada. . .

Por sobre tus huesos mondos
te echarán la hopa malvada;
la cruz que regó tu sangre,
ya en el muro está colgada;
en tus manos la pondrán
para la última jornada. . .
Irás por caminos yermos,
toda hierba está abrasada;
todos tus hijos dispersos,
no tendrás una mirada.
Sola, á solas con tu Juez,
morirás de madrugada. . .
El horizonte será
sinistro, de luz quebrada,
y en él una lista obscura
color de sangre morada. . .

Tierra mía de justicias,
vas á ser ajusticiada. . .

II

Por los aires va un pregón
que tus pecados pregona. . .

«Se ha vendido sus herencias,
se ha jugado su corona;
la torre de sus orgullos,
deshecha se desmorona;
en cada grieta un gusano
y un ave que la abandona. . .
El vicio quemó entre fiestas
las vigas de la casona;
la pereza se entró dentro
con sus carnes de matrona.
Tornó materia la vida,
fango tornó la persona;
el alma murió en la grasa
podrida, que la aprisiona. . .
La ignorancia fué ave negra,
cuyo estiércol se amontona
sobre los tapices viejos,
sobre la espada infanzona. . . »

Dice el pregón por los aires,
y tus pecados pregona. . .

III

Cuando el pregón va mediado,
cae al fango una bandera. . .

Apenas le queda el asta;
ninguno la conociera...
Astillóse, en la caída,
dando en una roca fiera;
todavía arrojó chispas
con un resplandor de hoguera.
El asta quedó partida,
la roca no quedó entera;
el asta aun sería lanza
si alguno la recogiera;
de los botes de esta lanza
cuentas la roca nos diera...
Se queda en mitad del fango,
no hay mano que de ella quiera;
huesos de muertas carroñas
la toman por compañera...
Un águila casi buitre
se abate á la torrentera;
la avaricia y la codicia
tiene en sus ojos de fiera;
pico y garras le son corvos,
señal que hurtando prospera;
de lejanas islas viene
husmeando carnícera...
Mira el asta y las carroñas,
duda á quién más pronto hiera
y afila el pico pirata
en una roca cimera...
Luego desciende y lo clava
en el asta, á la bandera.

En el árido paisaje
truená una queja agorera...

IV

La queja, como un aullido
retumba en los descampados...

De todas las partes huyen,
los pueblos son despoblados,
las casas bocas abiertas
que echan los malos pecados.
Todos miran á la torre,
ven los portillos cerrados,
la bandera ya no cubre
los muros abandonados...
Crece en todos el pavor
y huyen como los ganados
cuando el vendaval azota
las tablas de los cercados...
En los hogares se quedan
los tullidos y privados,
también los hijos pequeños,
estorbos abandonados.
Hay tiernas bocas airadas,
hay viejos puños crispados,
nobles aceros que saltan
como de un rayo tocados.
Los que huyen, á marchas dobles,
van pisando los sembrados,
les sigue la maldición
de sus viejos enterrados.
El asta de la bandera,
mal-herida en los costados,
pide un incendio que cuide
de sus restos profanados...

Sus gritos, como una queja
suenan por los descampados...

V

El desorden, negra espuela,
pica en el flanco á la huída...

Todas las malas pasiones
hierven en la acometida;
el pillaje mueve en medio
la cabellera encendida...
Los viejos sepulcros sienten
crujir su losa partida;
los huesos van por las calles;
busca á la muerte la vida...
La fuerza loca entra en todo,
y, como va sin medida,
para el bien es un estorbo,
para el mal una crecida.
Un gran hogar que esperaba
forjar una espada ardida,
cae deshecho y es volcán
su fuego en la acometida.
Los muros van por el suelo,
la ceniza va perdida,
un águila de anchos vuelos
va por las calles herida...

El desorden, negra espuela,
pica en el flanco á la huída.

VI

Estaba á medio camino
del cadalso la cuitada.

A sus pies el asta rota;
la torre, en lo alto, cerrada;
todos sus hijos huyendo,
sin alma, á la desbandada;
el desorden chamuscando
sus ropas de ajusticiada...

El gran Juez truena en los altos
con una voz demudada,
que la justicia divina
ha sido sobrepujada...

«Para el pie, caigan tus hopas,
»mi cólera está colmada;
»si te ajustician tus hijos,
»¿qué más podría mi espada?
»Queda en paz, si esto es la paz,
»Dolorosa Amenazada,
»y allá se entiendan tus hijos
»con tus pecados, cuitada.»

VII

Las hopas ruedan al suelo;
queda de sangre vestida;
cae sobre el asta deshecha,
y la besa en la caída.

El buitre, viéndola muda,
cuida que perdió la vida;
hunde el pico en sus entrañas,
pero ella siente la herida.

Su noble frente se yergue;
la sangre de ella vertida
la para una gran corona
como una aurora encendida...



El retorno



Con una voz doliente,
¡Hijos!... dice, y se va por el ambiente
aquella voz perdida
que ha dado vida y solicita vida.

Con una gran ternura,
¡Hijos!, repite... y cruza la llanura
aquella voz que, á un tiempo, desolada
pide espada y se clava como espada.

Con un remordimiento,
¡Hijos!!! vuelve á clamar... y por el viento
rueda la voz que acoge y que perdona,
porque le da poder una corona...

Tornan los fugitivos,
se vuelven á la madre compasivos;
la primera mirada
las lágrimas la tienen ofuscada.

Todo temor desechan
y los piadosos círculos estrechan;
cuando á ella tienden las dolidas manos,
se sienten hijos y se ven hermanos.

Ella sigue caída,
la frente sólo, en su dolor erguida;
cogiendo aún la bandera
con una mano agarrotada y fiera.

En la impiedad del cielo
el buitre cierne, amenazante, el vuelo
y el hondo abismo aquel en que agoniza
tiene un color de muerte y de ceniza.

La alta cresta de un monte
cierra, tras ella, el lívido horizonte;
y ella, á sus pies, torciéndose, suspira
y con un gesto trágico les mira...

¡Ojos de ella, en que escritos
están los determinios infinitos!
¡Ojos evocadores
que hablan con una lengua de dolores!

¡Ojos en cuya luz de moribundos
aun flota el dejo heroico de dos mundos!
¡Ojos que tienen un fulgor divino,
huella del paso augusto del Destino!

¡Ojos sacros, amados, conocidos!
¡Ojos en nuestros ojos repetidos,
no como por reflejo y en destellos,
sino porque los nuestros van en ellos!

¡Ojos que encienden el abismo obscuro
de todo lo pasado y lo futuro!
— Musa: detén la planta y no profanes
este mirar de trágicos afanes.

La ley y el poderío
doblen aquí su frente y su albedrío;
que es esta la hora nueva
intacta y virgen de la heroica prueba.

Que no hay mano sagrada
capaz de interrumpir esta mirada,
y fuera sacrilegio alzar un velo
donde hasta, mudo, se recoge el cielo.

Queden á paz, mirándose bien fijos,
la madre herida, los dolientes hijos;
y de esta gran mirada,
ellos salgan con fe y Ella curada.





Ella dice



— Hijos, me habéis abandonado:
mi hogar teníais olvidado;
mendiga y sola en mi dolor,
toda desnuda y macerada,
nadie me trajo, á noche entrada,
el haz de leña bienhechor.

Hilando á solas mi madeja,
yo vi caer la última teja
de mi casona derruida;
no acudió nadie denodado
á poner obra en el tejado
de la viejuca dolorida.

Viviendo al sol y á las estrellas,
quemados de él, quemados de ellas,
perdieron luz mis ojos bellos;
mi lecho el agua hizo guñapos,
trocó mi túnica en harapos,
tornaron greñas mis cabellos.

Burlaron todos de la vieja...
faltó estambre á mi madeja,
nadie me trajo estambre nuevo;
cuando en los charcos me miraba,
á duras penas recordaba
mi noble rostro ayer mancebo.

Me faltó el pan, me faltó el vino,
tendí la mano en el camino,
de mi corona hice escarcela;
vendí mis hijos y mis hijas,
me las cubrieron de sortijas,
me les colgaron la vihuela.

Por los senderos y calvarios
pasé rezando los rosarios,
y fuí hechicera en los cortijos;
en la espantosa vida mía
sólo una cosa me dolía:
ver siempre ciegos á mis hijos.

En las vigiliás de tormenta,
cabe la lumbre macilenta,
dije las viejas tradiciones;
cuando los cánticos oían
del tiempo en que ellos aún crecían,
daban más lumbre los tizonés.

Y yo, impedida, relataba
mi propia vida heroica y brava
hilando el copo á mis dolores...
Algunas veces me volvieron
las maldiciones que se oyeron
por las cabañas de pastores.

Fuí débil, pobre, arisca, dura,
con una cuerda á la cintura
pisando nieve por la senda;
paséme el día en los ribazos,
escueta, abiertos mis dos brazos,
como una negra cruz tremenda.

Busqué una noche cada luna
un niño blanco en una cuna,
y en sus entrañas metí el odio
para que fuera mi verdugo,
ya que al destino no le plugo
que fuera á tiempo mi custodia.

Perdí mi arnés, perdí mi lanza...
Se me deshizo la esperanza
como una tierra sin cultivo;
buscando término á mis males,
pedí á las breñas y zarzales
para mi pecho un áspid vivo.

Quise ablandar al Infinito
y de mis labios salió un grito
de horror, de horror y maldición...;
el grito aquel me fué funesto,
¡que en él, al darlo, había puesto
su última sangre el corazón!

Y heme llegada á la justicia
y heme en el áspera delicia
de darle á Dios cuentas de mí...
Hijos, llegada al arduo ocaso,
¡junte el Señor mi último paso
con el primer paso que di!

Sois vida aún, yo soy escombros:
todas las culpas en mis hombros,
¡todo en los vuestros el perdón!
Seré dichosa á la partida
si aun en mis manos queda vida
para echar una bendición.

Todos me habéis abandonado;
no importa: al fin hemos llegado
á contemplarnos frente á frente...
Mientras me estáis aquí de hinojos,
yo sólo veo en vuestros ojos
que el llanto corre amargamente.

Yo soy la madre y os perdono;
¡quedaran plumas en mi trono
donde inclinarais vuestras sienes!
La temblorosa mano mía
sobre ellas se reposaría,
porque ellas son todos mis bienes...

Huérfanos hijos, hijos míos;
tan sólo os doy campos baldíos,
casas en ruina, monte yermo...
Dios me perdone la herejía,
mi espíritu os entregaría;
pero mi espíritu está enfermo...

¡Ay, mi anatema y mis rencores
en los mezquinos regidores
de nuestra hacienda y nuestra casa!
Pase á sus sienes mi corona,
no puse coto á su persona
ni á sus acciones les di tasa.

Su voluntad era la mía;
fiéme entera á su hidalguía,
ungí su espada y sus arneses...
Para que en ellos se apoyaran,
para que de ellas prosperaran,
les di mis hijos y mis mieses.

¿Qué hicisteis, viles, de mi hacienda?
¿Qué hicisteis, necios, de la ofrenda
de tanto pecho esclarecido?
Cuando á mirar abro los ojos,
mis mieses son campo de abrojos,
mis hijos me han desconocido.

No queda piedra en mis palacios,
no va mi enseña á los espacios,
sobre mi tumba no habrá palma;
no me dejasteis, vil ralea,
montón de tierra, ascua de idea;
falló la espada y falló el alma.

¡Huid!... No quiero, en este instante,
viéndoos temblar aquí delante,
que haya en mis labios maldiciones...
¡Huid! Dejad á los que gimen
¡y que os persiga vuestro crimen
como un espectro en los rincones!

¡Huid!... Estériles guardianes,
no tendrán colmo vuestros panes,
que hicisteis fango con la harina.
No dejáis obra comenzada...
¿De qué aprovecha la plomada
sobre la casa que se arruina?

¿Qué rumbo da, qué daño evita
vuestra mezquina ley escrita,
ceniza vana de los hechos?
En lo tremendo de esta prueba
¡ha de escribirse la ley nueva
con sangre virgen de los pechos!

En Dios y en mi ánima os lo digo;
mi alma á Dios pone por testigo
de que, al final de la jornada,
rendida, al mismo tiempo, siento
un áspero remordimiento
y una alegría aun no probada.

Senda de grillos y cadalsos,
senda en que di los pasos falsos
del odio y de la tiranía,
¿cubrió mis ojos una venda,
que iba perdiendo por la senda
mis hijos y no lo veía?

Recinto de los sacrilegios,
palacio de los privilegios,
trono erigido en arca santa,
¿qué negro hechizo en ti he probado
que, por servirte, he colocado
mi propia ley bajo mi planta?

Romana iglesia forastera,
iglesia-dogma, Dios-bandera,
culto-riqueza y fe-clausura,
¿qué galardón hallé en servirte,
que he abandonado, por seguirte,
al Dios de quien era yo hechura?

Campos de goces materiales,
 grasas molicies orientales,
 goma en fusión, sombra de palma,
 vino y amor, tibios regazos,
 ¿por qué he olvidado en vuestros brazos
 mi propio campo, que era el alma?

Formas de nuevas sociedades,
 cobarde unión, medias verdades
 que la común coyunda vicia,
 ¿no supe yo, por mis leyendas,
 del hombre sólo con dos sendas:
 la libertad y la justicia?

Imperio extremo en vaticinio,
 áspera idea de dominio,
 voz de mi sangre y de mi raza,
 ¿por qué cobarde ardid rastrero
 hice alcañal de pordiosero
 del espaldar de mi coraza?

Libres alardes teologales
 de mis colegios generales,
 troquel de un ánimo esforzado,
 ¿cómo desprecio mis destinos,
 que hoy pongo en vuestros pergaminos
 la cruz, lo mismo que un candado?

Pueblo en quien hice con mis leyes
 de capitanes visorreyes
 y de pastores capitanes,
 ¿te han arrancado el corazón,
 que ya no tienes ambición
 y se te han muerto los afanes?

¡No!... Fué mi culpa, fué tu sino.
 Tomé la harina, no el molino;
 tomé los trigos, no los prados;
 tomé el altar, no el basamento;
 busqué las torres, no el cimientto,
 y éstos han sido mis pecados.

Pueblo feraz, plantel bendito,
 me he acostumbrado al don gratuito
 de tus rosales y tus trigos;
 no me detuve en tu cultura;
 héroes me diste tú en la hartura,
 y hoy, en la sed, me das mendigos.

Yo eché detrás de tus grandezas,
 yo no me avine á las bajezas
 de la labranza en mi Castilla;
 por un caudillo y sus azares
 olvidé todos los millares
 de héroes que encierra una semilla.

Amé lo extremo y lo triunfante...
 No supe ver, parca y constante,
 por bajo el árbol las raíces...
 Os he perdido, os he olvidado;
 porque riera el Muy Amado
 os hice á todos infelices.

¡Ah, mirad bien, en este instante,
 con qué fervor extiendo amante
 sobre vosotros mis dos manos!
 Tierra de prados, yo os bendigo;
 tierra de prados, dad abrigo
 á mis despojos soberanos...

Y ya que os tuve sin cultura,
yo haré, en vosotros, sepultura
donde me entierre con mis penas;
y, ósculo eterno, eternos besos,
pasto os darán todos mis huesos,
riego la sangre de mis venas.

¡Oh, sí! Me adentraré en vosotros...
Y si mi amor tuvieron otros,
vosotros me tendréis á mí;
tendréis mi carne en alimento,
y mi último remordimiento
¡y mi dolor — que á nadie di!

¡Ah, la hora santa se aproxima!
Ya va á doblar la última cima
el sol de mi postrer batalla.
Con ansias de su nuevo lecho,
mi corazón, dentro del pecho,
como una flor que se abre, estalla...

¡Muero... y no muero, que revivo!...
Pongo mi espíritu á cultivo
en vuestra tierra abandonada.
¡Soltad las lágrimas!... Son fuentes
y ellas ablanden providentes
los surcos que ha de abrir la azada..

¡Abríos, dadme sepultural
¡Y en la hora del dolor futura,
cuando peligre vuestra fe,
cuando se os niegue espada y palma,
bajad al fondo de vuestra alma,
porque en el fondo yo estaré!...

Por fin, mis hijos, os encuentro:
vais á llevarme todos dentro
aunque enterrada, siempre activa;
seréis mi cuerpo y mi mortaja;
mi ley ós dictaré en voz baja
cuando ya no me tengáis viva.

¡Ah, voy á hacer la gran jornada!
¡Reviviré transfigurada
en vuestros cándidos maizales!
¡Pierdan mis manos en la tierra
el polvo estéril de la guerra,
y háganse bien sacerdotales!...

Tened... Ya oteo en lontananza,
don auroral de mi esperanza,
la imagen de la nueva vida...
Como en la trágica Escritura,
al borde de la sepultura
veo la Tierra Prometida...

Y esta visión que es una ofrenda,
me la perfuma una leyenda,
con un caudal soplo de brisa;
por eso, aunque me voy del mundo,
véis en mi labio moribundo
la inmensa paz de esta sonrisa...

Tened... La Muerta busca tierra;
su propio pueblo en él la entierra,
y ella, aunque muerta, le es activa...
Muda, espectral, yerta, deshecha,
¡veréis la próxima cosecha
cómo os la torna rediviva!

Tened... Sobre mi sepultura
 brota un arbusto hacia la altura
 y en la radiante luz se baña...
 Cada hoja es el alma de un hombre,
 y en todas leo el mismo nombre:
 España... España... España... España...



Una voz conmovida



¡Hora siniestra y grandel... Están cambiando
 los copos en el huso los Destinos...
 Bate el ala la Muerte, resonando,
 y se renuevan todos los caminos...

Una progenie el cometido acaba
 y otra progenie á logro santo llega;
 suspira aquélla de haber sido ciega
 y ésta sonrío de encontrarse brava...

De las sangrientas franjas del Ocaso
 se está formando un resplandor de aurora...
 La Moribunda se adelanta al paso
 del congregado pueblo que la llora...

«¡Oh, nos haremos blandas las entrañas
 »por que te sean lecho de reposo!...
 »¡Fluya en él, á tornártelo esponjoso,
 »agua de nuestras cándidas montañas!»

— «¡Ven, que todos de tí trascenderemos,
 »y tú serás la gran Palabra nuestra!
 »Y llevándote así, no temeremos
 »equivocar el signo de tu diestra.»

— «¡Ven, que tienes ganado tu descanso,
 »y eres como torrente contra el suelo,
 »que está esperando el hoyo de un remanso
 »para quietarse y reflejar el cielo!»

— «¡Ven!, que hoy, que no te anuncias tormentosa,
 »de hijos á madre te hemos recibido;
 »y has puesto en los linderos de tu fosa
 »una dulzura maternal de nido.»

— «¡Ven!, que estamos rendidos de esperarte,
 »y hoy, que llamas, por fin, á nuestra puerta,
 »no nos da pena de encontrarte muerta,
 »que á todos sobra vida en que animarte.»

— «¡Ven!, que en la paz de nuestro asilo honesto,
 »faltaba tu gloriosa resonancia,
 »y hoy que tú, Madre, acortas la distancia,
 »le darás un sentido á nuestro gesto.»

— «¡Ven!, que estábamos solos y perdidos,
 »y había en nuestras almas orfandad...
 »¡cúbrelas, Madre, en la diafanidad
 »santamente ideal de tus vestidos!»

— «¡Ven!, que era la labor de nuestras manos
 »como edificio puesto en las arenas,
 »y hoy, entre tus dos brazos soberanos,
 »haremos obra dura, á manos llenas...»

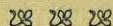
— «¡Ven!, que somos haciendas en barbecho,
 »y morimos de amor de la semilla...
 »¡entra, por esta herida, en nuestro pecho,
 »á granar, tú, en tus oros, amarilla!...»

... De senda en senda la salmodia pasa,
 y la engruesa una voz de monte en monte;
 resuena en cada campo, en cada casa,
 y la repite todo el horizonte...

Y mueve luego el funeral cortejo,
 y hacen ramos de espigas y amapolas...
 y en el aire silente flota un dejo
 de campanas que están doblando solas...

¡Hora siniestra y grandel!... Vuestros brazos
 recojan estos restos con ternura,
 que sepulcro han de ser vuestros regazos
 y su alma os nacerá en la sepultura...

Paño de muerte sea, para el caso,
 la gran noche que cae de la montaña:
 ¡Alza tu frente á Dios, en el Ocaso!
 ¡Oh, pueblo, vas á recibir á España!...



... Oscuridad... Colúmpianse en el viento
 las campanas, doblando á funerales...

... Dan rotos, contra el suelo, unos dogales
 ¡y suena el campaneó á Nacimiento!...

Cadaqués - Agosto, 909.

